

SCIACCA Y "EL OSCURECIMIENTO DE LA INTELIGENCIA" (*)

POR

GABRIEL DE ARMAS

«... es más racional el acto de la razón humana, cuando reconoce que existe un conocimiento trascendente, de orden distinto, pero no contrario a la razón». Sciacca.

I

Recuerda Vasconcelos que un diplomático brasileño acostumbraba a dividir los caracteres en dos ramas: la de los "cómodos" y la de los "incómodos". Los primeros son los de trato agradable, incluso ingeniosos, aunque inocuos, o sea aquellos que no hacen ni bien ni mal. Van siempre cubiertos de una medida estudiada, incolora, gelatinosa y blandengue. Y comenta el gran pensador mejicano: "Procuran tales sujetos disimular sus preferencias, refrenar sus pasiones o no tenerlas, encubriendo todos sus actos con el disfraz de una cortesía superficial. Para todos estos que nunca tomaron partido, ya hay desde hace tiempo sitio, y sus señas constan en no se qué Canto del Dante" (1).

Me ha venido, sin querer, este pensamiento del autor de "La raza cósmica" a las mientes a propósito de la obra "El oscurecimiento de la inteligencia" del querido, llorado y admirado Michele Federico Sciacca, cuya lectura acabo de finalizar, impresionado. Así, impresionado. Si a Sciacca, filósofo y catedrático de Filosofía de la Universi-

(*) Michele F. Sciacca: «El oscurecimiento de la inteligencia». Editorial Gredos. Madrid 1973. 209 págs.

(1) Alfonso Junco y José Vasconcelos: «Un poeta de casa». A. Finisterre Editor. Ciudad de México, 1968, pág. 36.

dad de Génova, desde su conversión a Dios, entrañablemente sincera, no se le pudo catalogar entre los caracteres *cómodos*, con este libro, escrito en severidad filosófica rigurosa, se ha colocado en la vanguardia de los *incómodos*.

Pocas denuncias he podido leer tan tremendamente razonadas como ésta contra la estupidez de lo que él, con agudeza, denomina "Occidentalismo". Jamás una acusación me pareció tan perspicaz, tan viva, tan llena, por otra parte, de intenso colorido, con un lenguaje que nos recuerda al Papini de los mejores tiempos, como si el florentino y el siciliano —claridad y luz mediterráneas en profusión— se hubieran dado cita para incriminar a un mundo entontecido de civilizaciones decadentes.

Sciacca razona con tesón implacable, pertinaz, no obstante tener mucho, muchísimo, de poeta. Su misma conversión fue el fruto de un dramático razonar. Fue el desenlace feliz de un severo pensar honesto, que aparta prejuicios para centrarse en juicios. Bien es verdad que él mismo reconoce, humildemente, "que para caminar sobre las espinas del Calvario y caer de rodillas ante la Cruz, no basta toda la vida si Dios no da la mano" (2). Pero una vez alcanzada esa mano providente, que a nadie falta, Sciacca sabe enfrentarse con los críticos absolutistas para espetarles su razonamiento, como un contragolpe contundente y sin posible réplica: "... si ser "crítico" significara rechazar *a priori* (dogmáticamente) cualquier verdad no racional, tenemos que por este mismo hecho ya no se es crítico, sino dogmático, pues la crítica exige que nada sea rechazado ni admitido *a priori* (dogmáticamente)" (3).

II

Pues bien; el pensamiento crítico de Sciacca corre abundante, con fluidez maravillosa, a través de las densas páginas de "El oscurecimiento de la inteligencia". Partiendo del ser, el filósofo italiano de-

(2) Giovanni Rossi: «Hombres que encontraron a Cristo». Ediciones Studium, Madrid-Buenos Aires, 1954, pág. 41.

(3) *Ibídem*, pág. 38.

fine al límite como su constitutivo ontológico, lo que no supone, claro está, ni una deficiencia, ni una imperfección. El ser tiene sus propias medidas. Cuando el hombre, perdido el límite que lo articula, se deja llevar por pasiones que relajan su voluntad, cae inexorablemente en la estupidez. Sólo al hombre le es dado vivir en la estupidez, porque sólo él es inteligente. Y se precipita en ella cada vez que rebasa los límites de la inteligencia y de la voluntad. La conciencia del límite cortará de raíz, por ejemplo, toda envidia, todo rencor, toda codicia y nos situará, por ende, en la justa posición, que es la de la "alteridad por amor".

Para existir con el espíritu de inteligencia hay que partir de un acto de humildad: admitir nuestra nada frente al Creador. Sciacca aduce una frase bien significativa de Rosmini: "Cada uno de nosotros debe reconocer la propia nada" (pág. 46). Yo la completaría con aquella otra famosa de la Madre Teresa de Jesús en su obra más clásica: "la humildad es andar en verdad" (4). Que, al fin, no es más que proclamar paladinamente nuestro límite: la verdad de que nada somos... ¿No es acaso la máxima estupidez del hombre actual entronizarse Dios de sí mismo?

La estupidez podrá vencerse solamente cuando el estúpido admita haber caído en ella. Cuando advierta haberse salido del límite, que es el signo inequívoco de la inteligencia. Entonces, se encontrará como renacido y admirará las cosas todas con un sentido nuevo y casi virginal. Supongo yo que así miraría San Juan de Dios a los tullidos y minusválidos, sus hermanos, después de la transformación sufrida por su alma, estremecida de amor ante el sermón que oyó salir de los labios ardientes de San Juan de Avila. Vencida la estupidez, aparecerá el hombre nuevo de San Pablo: el santo.

Frente a la "alteridad por amor" y como sustitutivo de ella surge la "egoidad por odio". Es la corrupción del hombre que avanza, impía y despiadada, insaciable, hacia la aversión total. La estupidez se identifica con la impiedad, "con la ausencia de la *pietas* o con la falta de *respeto* hacia cualquier ente o cosa" (pág. 71). Su aborreci-

(4) Santa Teresa de Jesús: Obras. Edición y notas por el P. Silverio de Santa Teresa. Burgos, 1930, pág. 641.

miento feroz a todos los valores lleva al más radical de los nihilismos. La estupidez, negación de la *pietas*, es irrespetuosa, injusta, maligna, indiscreta, profanadora... Nada respeta, porque le falta la medida. Y por si fuera poco, la estupidez se hace terriblemente contagiosa, estimulada y potenciada hoy por los "medios audiovisuales", que anuncian la conquista inmediata de la felicidad humana, flanqueada por esas dos fuerzas avasalladoras que todo lo han de conseguir: la industria y la técnica.

¿Qué solución queda? Atravesar el campo enemigo, con paciencia, con humildad, con constancia, a fin de rescatar al hombre y auparlo del pozo de la estupidez en que yace, para restituirlo a la inteligencia. No podemos olvidar que detrás de la máscara de la estupidez, dice Sciacca, está el estúpido, que es el hombre mismo, a quien hemos de recuperar para que sea el ser que realmente es: o, quizá mejor, el que deba ser.

Hasta aquí, la primera parte de la obra.

III

En la segunda parte, el escarpelo crítico de Sciacca penetra incisivo en el problema de la estupidez "historizada" y convertida en fenómeno social. El Occidente está enfermo de Occidentalismo, que es su corrupción. Todas las civilizaciones en vías de descomposición, comienzan por renegar de los valores que ellas mismas habían alumbrado, gozosas, cuando disfrutaban de vigor y fuerzas creativas. Se ha hecho historia, al fin, la "egoidad por odio". La ciudad de Dios ha sido desplazada por la ciudad del hombre, donde la astucia, la codicia, el placer, la envidia y la vanidad, son elevadas a rangos supremos y a categorías superiores. Con el envilecimiento del ser, quedan las demás cosas también envilecidas. De ahí la persecución, con implacable saña, a la inteligencia y a la verdad. Todo queda así tremendamente deformado: la moral, el derecho, la política, el arte, la teología, la religión...

El gran ideal, surgido triunfalísticamente, e ininterrumpidamente cacareado, es la elevación del "nivel de vida". Ha entrado, pues, en

acción el tecnócrata dogmatizante, con su experiencia y su cálculo. Lo demás no cuenta. No ha lugar, por consiguiente, para la verdad intelectual. Se da paso franco a la civilización de la imagen, que es la de la inmediatez irreflexiva, sin pausa para la contemplación y sin tiempo para el razonamiento. La "egoidad por odio" lanza sus implacables ofensivas contra la autoridad, contra la naturaleza, contra los sentimientos, contra la moral, contra las ideologías políticas. La felicidad absoluta la proporcionará la técnica, con al maridaje de la industria y el sindicato. Hay que llegar a la radical masificación, para que el poder tecnocrático, con su dominio totalitario, lo moldee todo y todo se reestructure a su antojo. Sciacca, al hablar del problema de la masificación, se siente identificado con el pensamiento penetrante de Juan Vallet de Goytisoló, a quien cita y cuyos ensayos sobre la materia recomienda vivamente.

El Occidentalismo está siendo devorado fatalmente, aunque lógicamente, por el pensamiento nihilista. Sciacca llega a decir: "Si hay un mal es la virtud, si hay una obscenidad de que avergonzarse es la honestidad, y la pureza de las intenciones y de las conductas, complejos de inferioridad debidos a la *represión* y de los que es preciso liberarse: es la *moral*, repetimos todavía, del marqués de Sade, coherencia de la iluminística y alma de la actual sociedad tecnológica" (pág. 156).

Duras son estas palabras, ¿eh? Por eso supongo que habrá todavía ingenuos —¿o tontos quizá?— que se echen las manos a la cabeza y exclamen boquiabiertos: ¡exageración! ¿Sí? No hace aún muchos días me contaba un religioso, teólogo y escritor, que en determinado convento de su Orden (gloriosa Orden atacada por la estupidez que denuncia Sciacca), donde aún quedaban dos o tres hermanos con hábito, habían sido éstos denunciados al P. Provincial como provocadores y faltos de caridad por el hecho de no vestir traje seglar. La relajación era, pues, para ellos el bien. La observancia de las reglas, el mal. Tales ejemplos "aberrantes" podrían multiplicarse.

La impiedad, fruto del oscurecimiento de la inteligencia, está dispuesta a liquidar definitivamente la fe, "diluyendo el Cristianismo en aguas contaminadas, corrompiéndolo de modo que sea acep-

tado por los corrompidos" (pág. 188). El estúpido profetismo secular propugna un mundo donde todo sea lícito y el pecado ni siquiera aparezca como simple y nebuloso recuerdo. Sólo con fe y oración, contando siempre con la gracia, es posible el "atravesamiento" de la impiedad religiosa del Occidentalismo...

¡Posible! Pero... ¿es acaso probable? De las últimas frases de su obra, piadosamente bellas, podemos inferir que Sciacca profesa un sano optimismo. Yo, sin embargo, me acuerdo de nuestro Donoso Cortés. En su discurso sobre la dictadura, al plantearse la posibilidad o probabilidad de una reacción religiosa decisiva sobre el mundo en estado de subversión, decía con cierto dejo de amargura: "... no la creo probable. Yo he visto, señores, y conocido a muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto a ella; por desgracia, señores, no he visto jamás a ningún pueblo que haya vuelto a la fe después de haberla perdido" (5).

Si el pensamiento de Donoso Cortés se cumpliera, al oscurecimiento de la inteligencia, por carencia de límites, que padecemos, sucedería ininterrumpidamente la misma estupidez "historizada", dando vueltas y más vueltas, en movimiento continuo, sobre el eje de su propia estupidez...

IV

Michele Federico Sciacca, mente clara y luminífera de nuestros días, una de las más agudas del pensar filosófico actual, con universal dimensión, se nos ha ido a la eternidad con apresuramiento. Aún cabía esperar mucho de él, trabajador infatigable, cuya vida constituye un ejemplo de ininterrumpida laboriosidad. Sobre su conversión escribió, por lo menos, dos veces a petición de escritores y editores. A solicitud apremiante de Cojazzi dio a la luz "Il mio itinerario a Cristo". Posteriormente, Giovanni Rossi demandó, de su generosa amabilidad, un trabajo corto sobre el mismo tema, para insertarlo en su obra "Hombres que encontraron a Cristo". Sciacca, pues,

(5) Donoso Cortés: Obras Completas. B. A. C., 1496, pág. 201. Madrid.

se confiesa; y expone: "Mi conversión es la evolución de mi pensamiento hasta arribar a las regiones luminosas de la fe" (6). Vale la pena leer y meditar, ¡ya lo creo!, las justas y medidas palabras de este minúsculo ensayo de psicología religiosa, donde nada falta ni sobra.

Inteligencia gigantesca en pequeño cuerpo, la gracia y la simpatía de Sciacca, su fino humorismo, enriquecido de sutilezas irónicas, nos eran ya familiares. Yo, ¡pobre de mí!, había sostenido con él alguna discusión acerca de la personalidad intelectual de Unamuno. Sciacca preparaba un libro sobre el Rector de la Universidad de Salamanca, tras haber dictado un curso universitario en torno a su pensamiento. Publicado el mismo en Milán, con el título de "Il chisciottismo tragico di Unamuno", recibí un ejemplar, fechado en Génova, con la siguiente dedicatoria: "A Gabriel de Armas, pequeño recuerdo; y ¡qué no me mate! Afectísimo, Sciacca".

Filósofo, en el más estricto sentido del concepto, catedrático, conferenciante y escritor, nos tenía acostumbrados a la comunicación de sus múltiples saberes. Humilde, como los grandes hombres, lo admiraba todo a su alrededor sin admirarse jamás de sí mismo. Maestro indiscutido de generaciones de estudiantes, junto a él se percibía como una eclosión permanente de vida. Atento, fino, amable, cortés hasta lo sumo, su recuerdo permanece en nosotros como una luz viva de resplandor inextinguible.

(6) Giovanni Rossi: Obra citada, pág. 35.